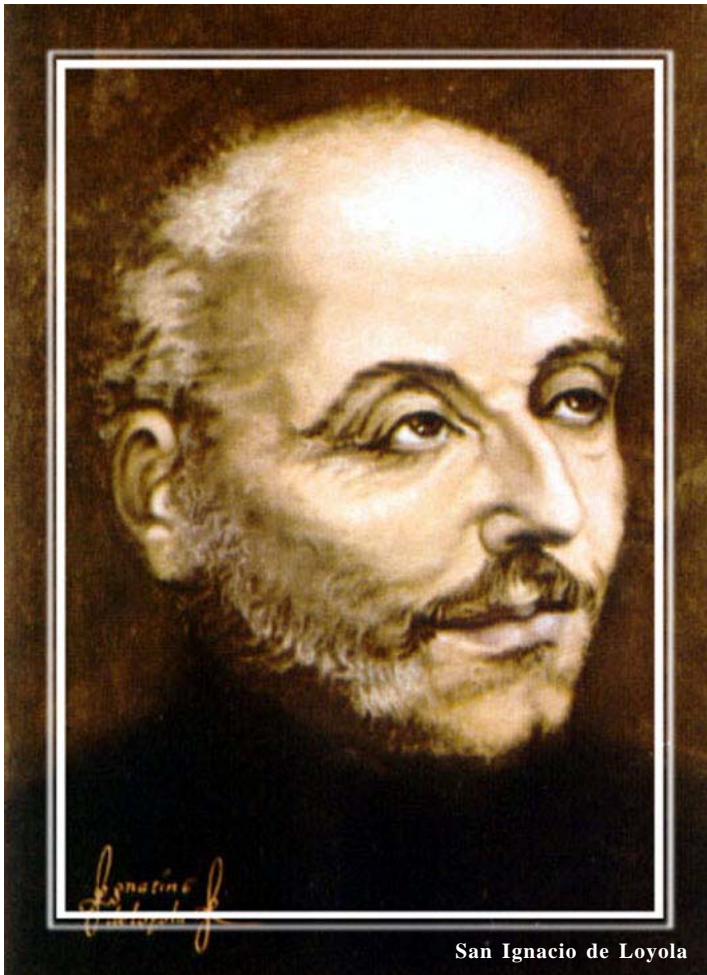


San Ignacio de Loyola

UN VASCO AL SERVICIO DE LA IGLESIA

por fray Frank DUMOIS, O.F.M.

La herencia espiritual de san Ignacio de Loyola la forman dos libros: el *Libro de los Ejercicios* y las *Constituciones de la Compañía de Jesús*. El primero marca el espíritu de la Compañía y es herramienta para ayudar al prójimo; con el segundo se organizó el cuerpo de esta institución.



San Ignacio de Loyola

ENTRE LA PLÉYADE DE SANTOS de primera magnitud que brillaron en España en el siglo XVI destacan tres fundadores: san Ignacio de Loyola, santa Teresa de Ávila y san Juan de la Cruz. El primero fundó los jesuitas o Compañía de Jesús; los otros dos fundaron respectivamente las ramas femenina y masculina de los carmelitas descalzos.

“En Ignacio se funden la tenaz energía vasca con el heroico espíritu emprendedor de los españoles del siglo XVI y el fervor apostólico de un misionero.” (Cfr. *Enciclopedia Salvat*. Art. Ignacio). Entre los santos jesuitas, además del fundador, brillan en el siglo XVI y principios del XVII, san Francisco Javier, navarro, patrono de los misioneros entre infieles; san Pedro Canisio, nacido en Nimega (hoy Holanda), apóstol en Alemania y doctor de la Iglesia; san Alfonso Rodríguez, hermano lego en Mallorca, (Baleares); san Roberto Belarmino, italiano, doctor de la Iglesia; san Pedro Claver, catalán apóstol de los esclavos en Cartagena de Indias (Colombia); tres jóvenes: san Luis Gonzaga, de familia noble italiana (muerto a los 23 años de edad por atender a los enfermos de una peste); San Estanislao de Kotska, polaco, muerto a los 18 años de edad, san Juan Berchmans, flamenco, muerto a los 22 años de edad y san Francisco de Regis, francés.

No figura Ignacio entre aquellos santos que desde niños, como santa Teresita, fueron fieles a Dios. Nació en 1491 en el castillo de Loyola (Guipúzcoa), perteneciente al pueblo vasco, de arraigado catolicismo. En sus

primeros años vivió, como dice él mismo, “entregado a las vanidades del mundo”. De temperamento ardiente y ambicioso, aspira a adquirir glorias mundanas, él, que movido por la gracia, dedicaría su vida a buscar la gloria de Dios. Su adolescencia transcurrió jugando a las cartas, esgrimando la lanza y galanteando. Incluso cuando, una vez convertido, quiso humillarse, reconoció en el púlpito de Azpeitia que había robado manzanas como cualquier joven.

Pero Dios tenía su camino con el joven Iñigo (así fue bautizado). En 1521 el rey Francisco I de Francia quiso invadir España. Se apoderó de varios pueblos vascos y marchó sobre Pamplona. La capital de Navarra estuvo a punto de capitular. Pero Ignacio convenció al jefe de la plaza que resistiera hasta morir pues las condiciones exigidas por los sitiadores eran muy duras. Entonces una bala de cañón le rompió la pierna derecha debajo de la rodilla y le hirió gravemente la izquierda, aunque sin fracturarlas. Al caer Ignacio, los defensores, desalentados, se rindieron. El joven vasco fue trasladado a una casa de la ciudad y dos semanas después fue trasladado en litera a su casa solariega de Loyola, donde tendría lugar su primera conversión.

Para entretenerse en la larga convalecencia pidió libros de caballería. Como no los había, le dieron la vida de Cristo de Ludolfo de Sajonia y vidas de santos. Ignacio pensó: ¿por qué no puedo hacer yo lo que hicieron Francisco de Asís y Domingo de Guzmán? Pero luego le volvían los pensamientos mundanos de su vida anterior. Por fin, bajo el impulso de la gracia, después de porfiada lucha, se rindió al Señor, decidiendo emprender el camino de la virtud. Se había iniciado un nuevo rumbo en su vida, que lo conduciría a profundas experiencias místicas.

En su lecho de dolor Ignacio había recibido los primeros elementos de la discreción de espíritus, para saber si un espíritu procede de Dios o de



Un detalle frontal de la entrada y el frente de la iglesia de Reina, en Centro Habana, un templo que atienden los padres jesuitas.

En su lecho de dolor Ignacio había recibido los primeros elementos de la discreción de espíritus, para saber si un espíritu procede de Dios o de Satanás o del egoísmo humano.

Satanás o del egoísmo humano. Terminada su convalecencia, el decidido caballero dejó Loyola para llevar una vida de peregrino penitente, con deseos de “hacer grandes cosas por Dios” (Autobiografía).

Con todo, las conversiones suelen ser lentas. Pues en su camino se encontró un musulmán que dudó de la virginidad perpetua de María; su ardor bélico se encendió de nuevo y por poco lo apuñalea.

Devoto siempre de la Virgen, acudió al santuario franciscano de Nuestra Señora de Aránzazu, patrona de la provincia vasca de Guipúzcoa. Finalmente llega al célebre santuario benedictino de Nuestra Señora de Monserrate (Barcelona). Allí hizo confesión general, que duró tres días. Regaló su mula al monasterio y colgó en el altar de la Virgen la espada y la daga. Al anochecer llamó a un mendigo y le dio los preciosos vestidos que llevaba, vistiendo una túnica telar que había comprado. Después, imitando la

costumbre de los caballeros medievales, pasó la noche al pie del altar de la Virgen dando un paso más en su camino hacia la santidad, como “un caballero a lo divino” de que habla Miguel de Unamuno, al compararlo con Don Quijote.

En algún momento pensó ingresar en la Cartuja de Sevilla. Pero al fin se dirigió a Manresa (Barcelona), que sería otro hito en su vida.

Primero vivió en una gruta en la que practicó ásperas penitencias. Después vivió en el hospital; a veces se hospedaba en el convento de los dominicos o en casas de personas devotas.

Ignacio renunció a la carne y al vino, se disciplinaba tres veces al día, llevaba una cadena de hierro en el cuerpo y dormía sobre el duro suelo. No quería hacer las cosas a medias. La búsqueda de las comodidades de su vida anterior pedía reparación.

No fue fácil la vida en Manresa. Cruels remordimientos de conciencia le atormentaban, hasta el punto de impulsarle al suicidio.

Ignacio oraba diariamente hasta siete horas para salir victorioso. Padeció incluso de escrúpulos. Y enérgicamente decidió no evocar los pecados confesados. Más tarde escribió en una de sus cartas: “Cuando el demonio quiere tentarnos con el orgullo, hemos de humillarnos, recordando nuestros pecados y miserias. Cuando por el contrario quiere hacernos tímidos y cobardes; hemos de cobrar aliento por medio de una fe firme y una esperanza confiada en el Señor.”

Una obra que ayudó mucho a Ignacio en su trayectoria espiritual fue el célebre libro de Tomás de Kempis, “Imitación de Cristo.” Lo llevaba siempre consigo y lo leía con frecuencia. En él aprendió que para alcanzar la santidad el alma necesita pureza de conciencia, obrar con la intención de agradar a Dios y no mortificaciones corporales, que no son para todos. No con esto renunció al ascetismo

racional cristiano sino al inmoderado y extremista.

En Manresa recibió Ignacio inefables consuelos, después de los satánicos ataques antes referidos. Aquellos le animaron en el difícil y áspero camino de la vida. Dios le otorgó también el don de lágrimas acompañado de alegrías inefables. Llegó a escribir: “Aunque no existiesen los libros santos, estaría dispuesto a dar la vida por las verdades que en ellos se enseñan, sólo por lo que en la contemplación se me había comunicado.” Un día, cerca de Manresa, puso los ojos en el agua de un río: “Allí, dice el padre Laínez (su sucesor como Superior General de los jesuitas), aprendió en una hora más de lo que hubieran podido enseñarle todos los sabios del mundo.” Este acontecimiento fue importantísimo en su vida.

Ignacio empezó a anotar sus pensamientos. Primeros apuntes de esa obra imperecedera de la espiritualidad cristiana que es el “Libro de los Ejercicios”. Aunque lo corrigió y retocó, la concepción de este libro que tanto bien haría, se gestó en Manresa. Ignacio enseña allí a vencerse a sí mismo y “ordenar la vida”, fin que se han propuesto todos los fundadores desde san Benito a santo Domingo de Guzmán.

Los favores celestiales recibidos en Manresa lo prepararon para las luchas ulteriores que tendría que sobrellevar. La novedad de su método de meditación le atrajo muchas persecuciones. A pesar de la aprobación pontificia, el arzobispo de Toledo encontró más de doce pasajes inconvenientes y el libro estuvo a punto de ser puesto en el índice de los libros prohibidos.

Pero Manresa no era el final del camino. Él había escrito en los *Ejercicios* que “el hombre ha sido creado para alabar a Dios Nuestro Señor, reverenciarle, servirle y mediante eso salvar su alma. Las demás cosas han sido creadas para que ayuden al hombre a conseguir

su fin.” Él sabía la voluntad general de Dios, pero: ¿la suya cuál era? Había que buscarla. Ignacio sólo quería saber la voluntad de Dios para cumplirla.

A fines de 1522 el ardiente caballero de Cristo contrajo una grave enfermedad, que rebasó. Recayó dos veces más. Salió de Manresa para Barcelona en 1523. Ese año embarcó para Tierra Santa, a la que deseaba ir desde el principio de su conversión. Después de un viaje penoso llegó a la meta de su peregrinación. Pero el guardián franciscano de Jerusalén alegando los disturbios ocurridos en otra ocasión, le obligó, bajo pena de pecado, abandonar los santos lugares. Sorprendido por tal imposición, pidió explicación y le mostraron los documentos pontificios que autorizaban a los franciscanos para tomar esa medida extrema. Sin querer ver dichos documentos, se encaminó a Barcelona, donde determinó estudiar para poder ayudar más al prójimo. Humildemente empezó estudiando el latín con los muchachos de la escuela. Su voluntad indomable hacía frente a todos los obstáculos.

Después estudió Filosofía en Alcalá de Henares (Madrid), a fines de 1529 pasó a Barcelona y de allí a París, donde se licenció en Teología en 1535.

A la vez que estudiante, era un fogoso apóstol que agrupaba a su alrededor gente piadosa que seguían sus consejos e imitaban su vida. Sin embargo fue sospechoso de herejía cuando estuvo en Salamanca. Estuvo dos meses encarcelado. Ello no fue obstáculo para su misión evangelizadora: “No hay tantas cadenas en toda Salamanca como las que yo quisiera soportar.”

Casi siete años escuchó las lecciones de los doctores de la Soborna parisiense. Allí encontró sus primeros compañeros: el futuro beato Pedro Fabro, saboyano, y Francisco Jaso, nacido en el castillo de Javier (Navarra), hoy conocido como San

Francisco Javier, Diego Laínez (segundo prepósito General de la Orden), Alonso Salmerón y Nicolás Bobadilla, castellanos, y Simón Rodríguez, portugués. Luego se le juntaron tres más y el 15 de agosto de 1534 en la Capilla de Montmartre emitieron este voto: “Yo me comprometo, tras la terminación de mis estudios, a renunciar a todos mis bienes a favor de los pobres; a reservarme sólo lo necesario para el viaje; a ir a Roma para obtener autorización pontificia de peregrinar a Jerusalén. Allí me estableceré para servir a Dios y al prójimo, sea éste creyente o infiel. Si esto no pudiese conseguir en el plazo de un año, me pondré a disposición del Papa para hacer lo que él quiera y dónde sea.”

Ignacio estaba obsesionado por la misión en Palestina mientras sus demás compañeros pensaban en las necesidades de Europa. De hecho la Compañía de Jesús sería un

baluarte de la Reforma católica en el Viejo Continente. La providencia los llevó a Roma. A pocas millas de la Ciudad Eterna, en la pequeña iglesia de La Storta, tuvo el soldado de Cristo una notable visión habiéndole parecido ver al Padre Eterno y a su divino Hijo, que le dijo: “Les seré propicio en Roma.” Reinaba entonces uno de los Papas más inteligentes que han ocupado la sede de Pedro, Pablo III, el cual quedó impresionado profundamente ante la grandeza moral del reformador español.

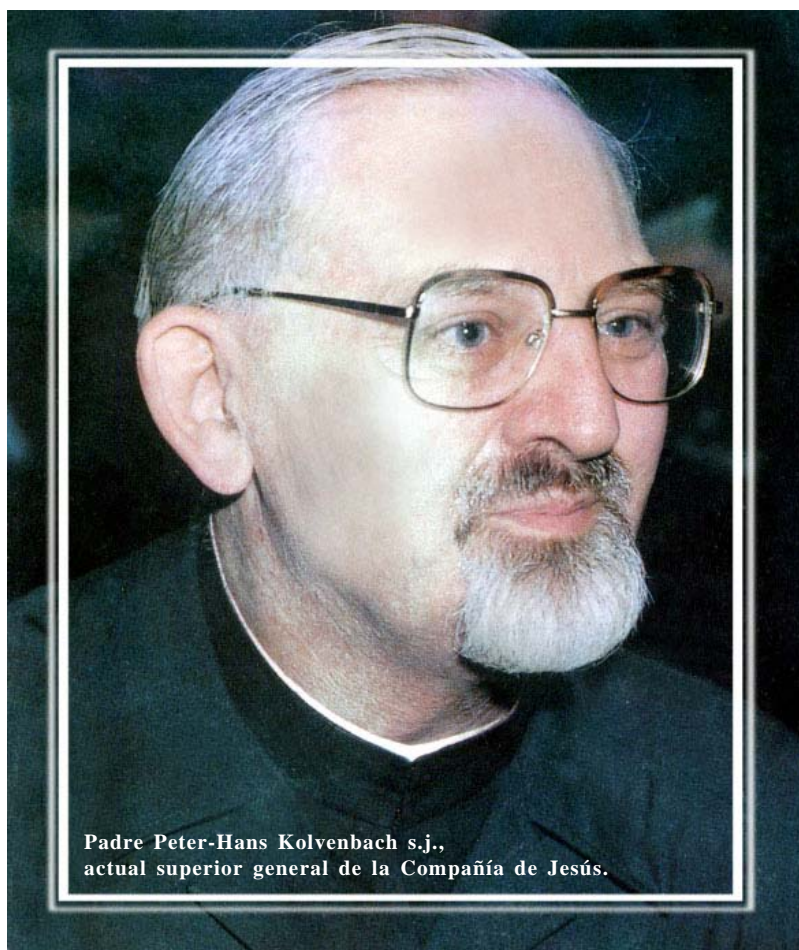
Iba a nacer una nueva Orden con amplitud de objetivos: actividad apostólica en diversas formas, enseñanza, actividad literaria y teológica, obra de caridad, misiones entre fieles e infieles. El 27 de septiembre de 1540 el anciano Pontífice promulgaba la bula fundacional de la Compañía de Jesús que, con el nombre de jesuitas, darían

a la Iglesia una tropa de choque en la expansión del catolicismo. Thomas Hughes, historiador inglés, afirmó que sin los jesuitas y los capuchinos la reforma del Concilio de Trento (1545-63) hubiera sido ineficaz.

Al elegir a su superior los miembros de la Compañía escogieron a Ignacio, que rehusó por humildad y por su precaria salud. Pero su confesor le indicó la obligación de aceptar el cargo y al fin cedió. Con todo, su cargo no le hizo perder la humildad y prestaba, algunos días, los más bajos servicios en la cocina.

Los últimos 16 años de su vida los consumió Ignacio en la dirección de la Compañía. Escribe las Constituciones, obra maestra de su sabiduría, envía sus teólogos al Concilio de Trento, esparce sus discípulos por todas partes con gran sentido misionero, vigila... Su amor por sus hermanos le llevaba a interesarse por las cosas insignificantes de la Orden. Un día exclamó jocosamente: “Me gustaría, si fuese posible, saber hasta cuántas moscas han molestado la última noche a mis hermanos”. En su correspondencia –doce tomos– brillan sus cualidades de dirigente y su tacto diplomático cuando trata con Roma. Cuando tenía que tomar una determinación oraba más largamente para conocer la voluntad de Dios y despojarse de la voluntad propia.

A los “hijos” de Ignacio les tocó combatir la herejía protestante. Pero él recomendó: “Con tal celo se han de impugnar las herejías que se manifieste con las personas de los herejes amor”. Era tan grande su amor al prójimo que solía decir: “No concedas mucha importancia a las faltas del prójimo, estate siempre dispuesto a disculparlos, tus faltas son las que deben ocupar tu atención”. Según Ribadeneira, uno de sus biógrafos, “jamás hubo madre tan cuidadosa como lo fue Ignacio de los suyos, especialmente de los débiles y



Padre Peter-Hans Kolvenbach s.j.,
actual superior general de la Compañía de Jesús.

enfermos”. En cierta ocasión en que un jesuita sufría una gran depresión no dudó en bailar delante de él una danza vasca. ¡El fundador de la Orden con su cojera bailando en presencia de uno de sus miembros!

En Roma Ignacio fundó el Colegio Romano (1551) y el Colegio Germánico (1552). El primero se debió a la esplendidez del duque de Gandí y virrey de Cataluña, que luego sería el tercer prepósito general de la Compañía y que hoy conocemos como san Francisco de Borja.

En medio de sus actividades sintió cercana la muerte y pidió a su secretario que obtuviera del Papa una bendición para él. El secretario replicó que debería estar ya preparando la comunicación escrita para ser llevada por el barco que estaba para zarpar. En su extrema debilidad dijo el santo: “Preferiría que cumpliera Ud. mis deseos hoy y no mañana; pero haga Ud. lo que le parezca bien, yo me entrego en las manos de Dios”. Fueron sus últimas palabras, que bien podían ser un resumen de su vida: ponerse en las manos de Dios. Esa noche, 31 de julio de 1556, entraba Ignacio en la eternidad. Murió sin tener nadie a su lado –como moriría después San Francisco Javier ante las costas de China– sin poder despedirse de su querida Orden, parecido a Cristo abandonado en la Cruz.

San Ignacio fue beatificado por Paulo V en 1609 y canonizado por Gregorio XV en 1622. Su cuerpo fue sepultado debajo de un altar de la iglesia del Gesú en Roma. Aunque murió sólo 16 años después de fundar la Orden, ésta contaba ya con cerca de 1000 miembros y 100 casas, distribuidas en 10 provincias.

La herencia espiritual de san Ignacio de Loyola la forman dos libros: el *Libro de los Ejercicios* y las *Constituciones de la Compañía de Jesús*. El primero marca el espíritu de la Compañía y es herramienta para ayudar al prójimo; con el segundo organizó el cuerpo de esta institución.

**Al elegir
a su superior
los miembros
de la Compañía
escogieron
a Ignacio,
que rehusó
por humildad y
por su precaria
salud.
Pero su confesor
le indicó
la obligación
de aceptar
el cargo
y al fin cedió.**

**“Debéis ejercitaros
en la busca de Dios
en todas las cosas:
en nuestras miradas,
en nuestras
conversaciones
en nuestros
pensamientos,
en todo
cuanto hagáis,
pero la Majestad
de Dios
se halla
en todas partes
por esencia,
presencia
y potencia.”**

El fundador de la Compañía de Jesús es un ejemplo de cómo se refleja el Evangelio en el alma de un vasco; pero su obra y su vida la explica mejor el cristianismo que su nacionalidad.

San Ignacio de Loyola, santa Teresa de Ávila y san Juan de la Cruz son los representantes genuinos de la mística española. La mística ignaciana es afín a la mística alemana, que san Ignacio conoció por la lectura de Ludolfo de Sajonia, Juan Tauler o.p. y el Kempis. Las líneas fundamentales de su espiritualidad podrían sintetizarse en sus palabras: “Debéis ejercitaros en la busca de Dios en todas las cosas: en nuestras miradas, en nuestras conversaciones, en nuestros pensamientos, en todo cuanto hagáis, pero la Majestad de Dios se halla en todas partes por esencia, presencia y potencia”. Su secretario particular, Polanco, afirma que “veía a Dios en todas las cosas y que consagraba mucho tiempo a la oración”.

Un historiador protestante imparcial del siglo XIX escribió: “No podría hablar más que palabras de respeto y veneración ante la Orden de los jesuitas, ante ese grandioso monumento del cristianismo”.

La historia de la Compañía, sobre todo en la enseñanza y la literatura, y en las misiones, tanto entre fieles como entre infieles, apenas puede ser superada por otra Orden religiosa. “San Ignacio –escribe Menéndez Pelayo– es la personificación más viva del espíritu español en su Edad de Oro. Ningún caudillo, ningún sabio influyó tan portentosamente en el mundo. Si media Europa no es protestante, débeselo en gran manera a la Compañía de Jesús” (*Historia de los heterodoxos españoles* 1,5 “Epílogo”). Ciertamente que, como en toda obra compuesta por hombres, no faltan pecados, aún graves, entre sus miembros. Pero sus méritos en la Iglesia son tan extraordinarios que, como dice el historiador alemán Lortz, la Orden puede soportar un pesado “*mea culpa*”. Ω